

E D I T C ¿ Q U É H U M

El ruido de fondo proviene de la vieja idea de una *identidad humana universal* que, por motivos y métodos diversos, ha venido elaborando, en lo que concierne a esta parte del mundo, la tradición filosófico-literaria y artística occidental. El origen de esta idea está en el platonismo, deudor él mismo de mitos

órficos conectados a tradiciones orientales reaparecidas, como viento del Este, en el incipiente mosaico multicultural contemporáneo que fue la costa Oeste norteamericana de los años sesenta del siglo pasado. Pero volvamos al platonismo y su creencia originaria en que cada cosa y cada género o especie de cosas no es lo que parece sino la manifestación o expresión de una *idea* que le precede. Esta idea es la *realidad verdadera*. El aristotelismo habría de denominarla *esencia* o *naturaleza* proporcionando, así, una base unificada y estable a la identidad humana, y el vocabulario elemental de la metafísica humanista o humanismo metafísico. Más allá de sus reelaboraciones históricas, este idealismo esencialista, esencialismo idealista o naturalismo idealista y esencialista, constituye el núcleo fundacional del humanismo. Como conjunto de ideas y creencias, el humanismo cristaliza en el Renacimiento europeo al recuperar la cultura artístico-literaria griega y romana, que permitió una relectura de la metafísica como un género literario más, y no como un saber absoluto y contundente, digno precedente y primer peldaño de la sabiduría teológica, trasunto de la omnisapiencia divina. El punto de divergencia entre el humanismo clásico y renacentista y el teologismo cristiano medieval es la apuesta radical por la inmanencia humana frente a la transcendencia divina reforzada, por la misma época, por la emergencia del método científico que comenzó a explicar el mundo por sí mismo y desde sí mismo, al margen de intervenciones divinas como la creación y la providencia. En cualquier caso, el inmanentismo metafísico-científico europeo habría de culminar en las leyes de la Física y la Biología y su teoría de la evolución del hombre a partir de ciertas especies animales, y estas de otras hasta el origen de la vida misma en un

medio ecológico material. La biología molecular habría de identificarlo con uno integrado, entre otras cosas, por moléculas del carbono, estructuras estrictamente químicas que constituyen la trama misma de la vida. Entre ellas el ADN, clave de la identidad genética humana, cuyo desciframiento ha dado lugar a la ingeniería genética y a la biotecnología que han abierto la caja de Pandora de lo *transgénico*. Caja de Pandora, pues si lo transgénico aplicado a animales y plantas alimenticias ya es la bestia negra de ciertas corrientes ecologistas, cuando se aplica –hoy por hoy sólo imaginariamente– a la codificación genética humana, se desatan todos los demonios de los temores ancestrales a lo monstruoso e inhumano: a lo diabólico que, irónicamente, no es el negativo de la humanidad sino de la divinidad. Para nada es casual que, ante lo que podría denominarse con toda propiedad la amenaza del antihumanismo biotecnológico, se constituya un frente humanista único que incluye a todo lo que no es la cultura biotecnológica, en el que caben desde la teología de cualquier procedencia (cristiana, judía o islámica), a la metafísica ecologista que opone la naturaleza o esencia humana su desnaturalización biotecnológica. Hasta el canon artístico-literario occidental, que trata de recomponerse después de los atentados postmoderno y multiculturalista. Y hasta feminista.

Lo que hace del humanismo una cuestión de actualidad –en un sentido amplio, epocal– es que el ruido de fondo generado por la idea humanista parece haber entrado en una fase de disonancia aguda. Por su propia fragmentación interna y por haber entrado en contacto con otros ruidos de fondo cultural alternativo, situados en otras galaxias civilizatorias, y esto nos empuja implacablemente hacia el bucle más violento de la actualidad. ¿Cómo aproximarnos a él?

Volvamos al punto de divergencia entre humanismo y teología, ocurrido en el interior de la Europa que comenzaba a ser moderna, desde donde podemos mirar a distancia el presente que vivimos: el de una situación bélica global, definida en términos de enfrentamiento entre la cultura humanista occidental, moderna y laica, y la incultura teológica medieval del mundo islámico oriental, enrocada sobre sí

R I A L A N I S M O ?

misma en ciertos enclaves de Asia central. Un enfrentamiento que, paradójicamente, surge de la simbiosis, jamás imaginada antes, de esa creencia teológica asumida hasta el compromiso suicida, con la tecnología-punta occidental de las comunicaciones, con énfasis especial en las aeronáuticas y las tele-financieras. ¿Se trata, entonces, de que el mundo islámico aún tiene pendiente su revolución humanista moderna, al estilo europeo? ¿O de arrancar de raíz este “error humanista” en una guerra de civilizaciones, que altas instancias políticas y mediáticas occidentales daban por comenzada nada más constatar que lo de las Torres Gemelas no era accidental sino adrede? ¿O se trata, más bien, de un diálogo de culturas o civilizaciones, en una especie de coexistencia más o menos pacífica entre el inmanentismo humanista y el transcendentalismo teológico, como ocurre ya de hecho en la coalición antiterror fundamentalista que incluye a buena parte de estados islámicos más o menos teocráticos con las más o menos orgullosas democracias occidentales? Al fin y al cabo es lo que viene ocurriendo en Occidente, donde la Teología (cristiana, católica y protestante, con la judía) coexiste con la cultura humanista, y forma parte de lo que hoy, en un mundo globalizado pero también multicultural, podría ser la identidad occidental, euro-americana e israelí. Por no citar a la India, donde la cultura política, científica y tecnológica de procedencia europea coexiste con un inmenso trasfondo de tradiciones religiosas ancestrales. Todo esto está muy bien pero, pasada la tormenta ¿no habría que poner en marcha algún tipo de “limpieza” de todos esos bajos fondos (¿premodernos?) que lastran *el* su progreso, el suyo y el nuestro? ¿Podría el humanismo proporcionar una respuesta? ¿Qué humanismo?

Todo parece indicar que *la* idea deshumanidad unificada por una identidad única, que constituye la base onto-lógica del humanismo, ha servido para dos cosas opuestas. Para *incluir* en ella a la parte de la humanidad efectivamente real que se identifica con ella, y para *excluir* a la parte de la humanidad que no se identifica. Este procedimiento ha logrado que una parte de humanidad sea excluida por la otra parte de su idea normativa y, por lo tanto, quede deshumanizada. Esto ha ocurrido desde los atenienses clásicos que excluían y deshu-

manizaban a los bárbaros, hasta los nazis modernos que excluían y deshumanizaban a los judíos y los occidentales contemporáneos que dudan, según la coyuntura política, entre excluir y deshumanizar a los musulmanes o sólo a los musulmanes terroristas y a su entorno fundamentalista. Es como si la humanidad y el humanismo únicamente hubieran podido irse construyendo en un lado, mediante su propia autodestrucción en otro. De ahí la complicidad del humanismo con la violencia, denunciada después de la Segunda Guerra Mundial por alguien tan sospechoso como el filósofo alemán, filonazi, M. Heidegger.

Esto, que a primera vista parece una tragedia fatal, tan sanguinaria como incomprensible, pudiera tener, más allá del absurdo, un sentido evolutivo: si las formas que ocupan el espacio vital o ecológico en un tiempo determinado no desaparecen, no pueden aparecer otras nuevas o *más evolucionadas* en ese mismo espacio vital. Si los dinosaurios no hubieran desaparecido seguirían ocupando la tierra ellos solos y nosotros no estaríamos aquí para contarlos, ni algunos científicos para identificar su ADN, ni S. Spielberg para llevar su historia a la pantalla. Si el Imperio Romano hubiera subsistido hasta hoy mismo no hubiera habido espacio ni tiempo vitales para Europa y la riqueza lingüística y cultural que surgió de su destrucción a manos –¡oh paradoja!– de los bárbaros, ni para Hollywood y sus películas de gladiadores. El hecho es, sin embargo, que los dinosaurios y el Imperio Romano desaparecieron y nosotros estamos aquí para contarlos y preocuparnos por el humanismo. Ahora que el mundo se mueve, ya al unísono, a la voz de mando de un *cowboy* tejano y su staf petrolero-militar, heredero de rancheros, pistoleros y jueces de la horca, y que la globalización *made in USA* avanza su frontera excluyente ya no sobre su propio Oeste sino sobre todo el planeta ¿por cuánto tiempo será la humanidad norteamericana –como antes fue europea y antes grecorromana, excluidos los bárbaros, los infieles y los salvajes– y el *american way of life* el único humanismo posible?

¿Serán estos interrogantes y las situaciones que los generan motivos suficientes para abordar el problema del humanismo desde una perspectiva multidisciplinar?